

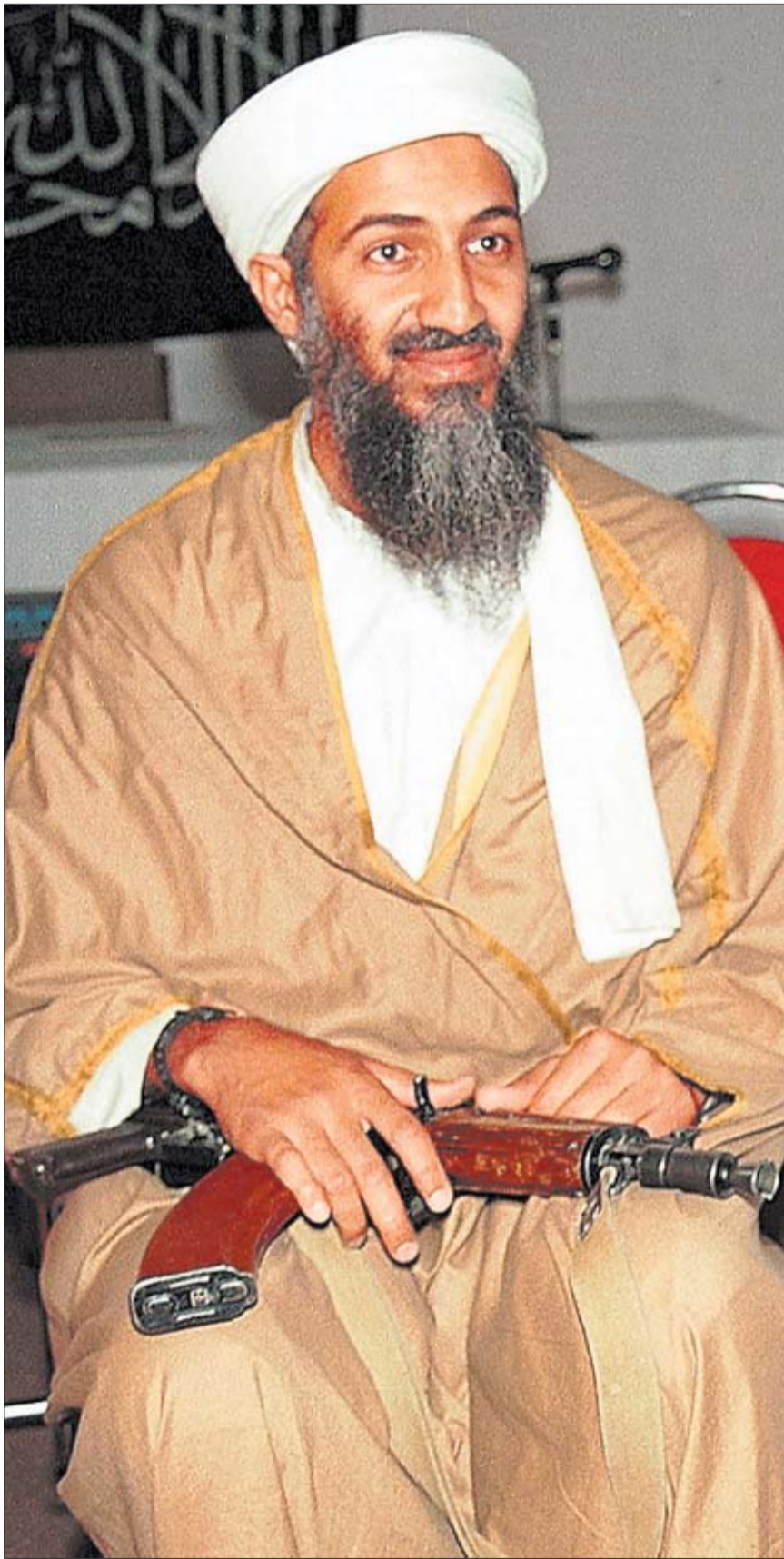
LA AMENAZA DEL TERRORISMO FUNDAMENTALISTA

Los atentados del 11-S pusieron de manifiesto la vulnerabilidad de EE UU y el carácter global de un terrorismo que responde a la llamada del fundamentalismo islamista.

La capacidad de Al Qaeda para golpear en cualquier parte e indiscriminadamente durará, ya que no se conocen remedios para el fanatismo y la brutalidad. **Por Josep Ramoneda**

Por primera vez en su historia, el terrorismo se convierte en un fenómeno realmente global en los años noventa", escribe Walter Laqueur en *La guerra sin fin*. Había caído el muro de Berlín y la derrota en Afganistán había dado la estocada definitiva a la Unión Soviética. En Estados Unidos, el pensamiento conservador se movía entre el triunfalismo del fin de la historia y la búsqueda de un nuevo enemigo, como factor de cohesión y como coartada para cualquier exceso. El mundo se había hecho más pequeño. Los riesgos y los temores se globalizaban. El 11-S se comprendió que quedaba mucha historia por delante. Estados Unidos sintió súbitamente una sensación que desconocía: la vulnerabilidad. La respuesta al terrorismo se convirtió en la prioridad de la agenda de la gran potencia. El terrorismo por la voluntad del liderazgo estadounidense más que por su propia fuerza se convertía —contra toda evidencia— en el primer problema del mundo.

Este terrorismo global se caracterizaba por responder a la llamada del fundamentalismo islamista: imponer la única religión verdadera y destruir el inmoral mundo occidental. El terrorismo no es ninguna novedad en el mundo musulmán. La historia de Egipto ha estado marcada por este tipo de violencia desde que, en 1928, Hassan al Banna fundó los Hermanos Musulmanes. Desde el salafismo, durante décadas, se fue propagando un fanatismo islámico que mantendría a Egipto en conflicto permanente. El asesinato de Anwar el Sadat fue uno de los momentos más delicados. La masacre de turistas extranjeros en Luxor en 1997 fue el momento culminante. La presión —y represión— del Gobierno hizo que los más fanáticos se fueran con su furia a otra parte. Entre ellos, Al Zawahiri, que estuvo relacionado con el atentado contra el presidente Sadat y que después sería la mano derecha de Bin Laden. Egipto y Arabia Saudí han sido los territorios en que se fecundó el terrorismo islamista. De allí saltó a Europa y a las zonas de conflicto: Afganistán, Sudán, Bosnia, Pakistán. En las universidades del primer mundo —de Londres, especialmente, había muchos potenciales fanáticos—. Pakistán fue —y sigue siendo— punto clave de encuentro entre terroristas, traficantes y servicios secretos. El régimen saudí es un ejemplo de la mezcla de atraso ideológico y nuevas tecnologías, autoritarismo medieval y petróleo, retorno al pasado y uso de los



Osama Bin Laden, jefe de la red terrorista Al Qaeda, con un rifle kaláshnikov y una bandera con versos del Corán al fondo, en 1998. / ASSOCIATED PRESS

instrumentos de la modernidad que caracteriza al terrorismo de este inicio de siglo.

¿Qué tiene de nuevo este terrorismo? Por supuesto, su carácter global: su intención de golpear en cualquier parte. Y de hacerlo indiscriminadamente: se acabó el tiempo en que los terroristas procuraban seleccionar sus objetivos y evitar las muertes de civiles. Ahora, el primer objetivo es que la ciudadanía se sienta permanentemente amenazada. También es nuevo el modo de organizarse: en red y como un sistema de franquicias. Y su habilidad para combinar usos tradicionales con instrumentos como Internet. La habilidad en el uso de los medios de comunicación no es novedosa: el terrorismo siempre ha pensado en la propaganda.

La utilización de la religión para justificar cualquier brutalidad tampoco es novedad: el fundamentalismo y la intolerancia no son exclusiva de religión alguna. En Estados Unidos, el fundamentalismo cristiano golpeó antes que Al Qaeda. Pero ninguna de las formas de terrorismo que ha conocido el siglo XX había acudido de modo tan radical a los libros sagrados como argumento para la destrucción del otro.

En fin, tampoco la figura del terrorista suicida es nueva. Pero sí lo es convertida en arma sistemática de la acción como en la estrategia actual de Al Qaeda. Un arma absolutamente desconcertante para el Primer Mundo —en el que nadie está dispuesto a morir por casi nada—. Sobre el actual terrorismo planea otra novedad: la pérdida de control de las armas de destrucción masiva después del hundimiento de los sistemas de tipo soviético. La posibilidad de que las armas de destrucción masiva lleguen a manos de los terroristas es una amenaza terrible. Pero el terrorista suicida es ya de por sí una muy temible arma de destrucción masiva, que opera más allá de la razón, es decir, del territorio de comprensión de las conductas.

David Rappoport distingue cuatro oleadas en el terrorismo moderno: la anarquista (que se extendió entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX), la anticolonial (entre las dos guerras), la izquierdista (en los años sesenta y setenta) y la religiosa. Toda clasificación es una simplificación, y más en un territorio en que casi todo acontece en la oscuridad, donde los terroristas se encuentran con los servicios de información, los proveedores de armas y los traficantes de droga. Rappoport deja de lado el terrorismo de extrema derecha, que fue pionero en matanzas indiscriminadas. Pero las raíces del actual terrorismo global podríamos encontrarlas en el atentado palestino contra los atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Múnich. El terrorismo ha estado presente desde el primer momento y por ambas partes en el conflicto palestino-israelí. Pero este atentado fue un signo que apuntó al terrorismo global.

El año 1968 vivió una de las revueltas más universales que se han conocido: de California a París, pasando por México, Tokio, Milán, Berlín y, por supuesto, Praga. Era una revuelta contra las estructuras morales, culturales y políticas obsoletas que encorsetaban diversos lugares del mundo y, sin duda, abrió la puerta a la transición liberal. La mayoría de las gentes del 68 —especialmente en Europa— se incorporaron a los procesos democráticos, sólo una exigua minoría se fue por el callejón sin salida del terrorismo, especialmente en Alemania e Italia, lugares, por otra parte, claves en los conflictos de la guerra fría. El terrorismo de extrema izquierda —que marcó para siempre a una generación en Italia y en Alemania— era fundamentalmente anticapitalista. Y nunca fue una amenaza para los regímenes políticos de aquel momento. Pero el anticapitalismo dio una cierta aureola al terrorismo que

Pasa a la página 28





Varios ciudadanos de Nueva York cubiertos de polvo y cenizas huyen tras el desplome de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. En la página anterior, momento en que uno de los aviones secuestrados impacta contra una de las torres. / ASSOCIATED PRESS



Un bombero de Nueva York sostiene la bandera de Estados Unidos, mientras contempla los restos de las Torres Gemelas dos días después de los atentados. / ASSOCIATED PRESS

EL DÍA QUE CAMBIÓ EL MUNDO

La mañana del 11 de septiembre de 2001 parecía un día más de finales del verano en Nueva York, lucía el sol, el cielo estaba despejado y la temperatura era aún cálida. Pero en cuestión de minutos, todo un mundo desapareció.

Dos aviones comerciales, secuestrados por terroristas islámicos, se estrella- ban contra los rascacielos del World Trade Center, las famosas Torres Gemelas del sur de Manhattan, que se venían abajo en una tormenta de polvo, humo

y escombros. Lo imposible, lo increíble, estaba ocurriendo y transmitiéndose en directo en todas las televisiones del mundo (hacia las tres de la tarde en España). Sin tiempo para recuperarse de la sorpresa, otro avión impactaba contra el Pentágono en Washington y, un poco más tarde, otro aparato también secuestrado por los terroristas se estrellaba en Pensilvania.

Casi 3.000 personas perdían la vida en el mayor ataque sufrido por Estados Unidos en toda su historia. El horror,

el dolor y una tan angustiosa como desconocida hasta entonces sensación de vulnerabilidad se apoderó de los estadounidenses. La red terrorista Al Qaeda, que se atribuyó los atentados, había golpeado en el corazón de Nueva York a todas las sociedades abiertas, libres y democráticas del mundo.

Los neoyorquinos, con su alcalde, Rudolph Giuliani, a la cabeza, se unieron como nunca en un heroico gesto de solidaridad con las víctimas, que hizo de los bomberos de la gran ciudad el símbolo de la voluntad y de las fuerzas de una nación.

El 11-S cambió a Estados Unidos, a su presidente George W. Bush y al mundo. La guerra contra el terrorismo global sólo acababa de empezar.

